

GANADOR IX EDICIÓN RELATOS BREVES

CATEGORÍA ESCOLAR

## La perrita y el mendigo

**N. H. B.**

Antes de dormir, todos los días, juego con mi hermana a escribir palabras que nos gustan mucho. Mi madre siempre nos dice que no podemos dormir sin haber aprendido algo nuevo y sin conocernos un poco más. Sé por qué se enfada mi hermana muchas veces, pero me cuenta con cada palabra que elige. Lo mismo le pasó a ella con el verbo recordar, que es mi favorito, porque se parece a viajar. Le pregunté: ¿Te acuerdas Alaba cuando íbamos al parque de Sabiote con nuestro perro Duque? Ella contestó que sí, porque Duque se peleaba con la mayoría de ellos, excepto con una perrita que paseaba sin correa, con su dueño. Estaba muy flacucha, pero sacaba fuerzas de su corazón para venir a saludar a Duque, ya que se habían convertido en fuerzas de su corazón para venir a saludar a Duque, ya que se habían convertido en buenos amigos. Después escuchaba, el silbido del hombre que siempre se le acompañaba y volvía con él. Solo nosotras nos acercábamos a tocarla, porque el resto de personas que había en el parque estaban pendientes de un cachorrillo muy peludo, que tenía los ojos azules. El hombre tampoco hablaba con nadie nunca, se quedaba sentado en el banco observaba lo feliz que se ponía su perrita al vernos.

También, empiezo a recordar que cuando volvimos a ir al día siguiente al parque ya no estaba, pero cuando se había terminado nuestro paseo y estábamos a punto de llegar a nuestra casa, nos encontramos con ellos intentando coger comida de la basura. Cuando la perrita nos vio, vino moviendo su cola y el hombre se enfadó y se la llevó. Ella era libre, aunque no podría elegir qué pienso comer, como mi hermana y yo elegimos las palabras. Ahora me apetece decirle a Alba la palabra libertad. ¿Qué es libertad? Me pregunta ella. Y esta vez no puedo contestarle con palabra y entonces, se para el juego.

Volvemos a la escuela después de estar confinadas por la pandemia y la profesora nos pide que redactemos en casa nuestra experiencia. La verdad es que ahora echo de menos más cosas que cuando estaba confinada. Echo de menos leer los libros que no son obligatorios, hablar con mis amigas o mi familia por videollamada, bailar a todas horas y estar sentada hablando con mis padres. No voy a mentir, también echo de menos ir al parque, porque allí aprendí qué es la curiosidad. Quería saber por qué el mendigo nunca se separaba de su perrita y por qué ella

nunca se perdía y desaparecía para siempre. Para el resto de personas es muy fácil separarse, hacer nuevos amigos, olvidar lo importante y hasta no dirigirle la palabra al mendigo cuando sí le dan huesos al animal, mientras piden varias rondas en el mismo bar. Mi hermana y yo nunca nos separamos, hasta cuando discutimos estamos unidas. Ella y yo somos muy distintas, como la perrita y el hombre, pero a las dos nos encanta no jugar con las muñecas, ni con el móvil. Cuando no podíamos jugar con el resto de compañeros y compañeras de clase porque estábamos confinadas, pudimos hablar entre nosotras como todas las noches hasta quedarnos dormidas. No necesita cosquillas. Ahora pienso si el mendigo si las necesita. Si para él es tan importante la palabra recordar o qué palabras serán sus preferidas. ¿A él también le preguntaron qué quería ser de mayor? ¿Ha cumplido sus sueños o se dedica a sobrevivir? Tengo que contárselo a mamá para que me ayude a encontrarlo.

Esa noche escribí en mi cuaderno la redacción para entregársela al día siguiente en clase a mi profesora. Estaba nerviosa, porque tenía expectativas muy altas sobre mí y no sabía si le iba a interesar mi relato. Pero las razones por las que no podía dormir eran otras. Tenía que saber la verdad de aquel hombre que nunca hablaba con nadie. Al día siguiente, vino mi amiga Amanda para recogerme e ir a clase juntas. Justo nos encontramos con el mendigo y le di los buenos días. Empezó a llorar y su perrita le dio unos besitos para calmarlo. Ella comprendió su dolor, aunque no hablasen el mismo idioma. Amanda me metió prisa para poder llegar a tiempo a clase. Me dijo: ¡No me dejes sola, Natalia! Ella no sabía lo que era la soledad. El hombre empezó a llorar más aún. Y sorprendentemente dijo: ¡Odio esa palabra! En ese momento pensé que jamás le había dicho a mi hermana una palabra que me causase sentimientos feos. Me di cuenta de que las reglas del juego podrían empezar a cambiar y ajustarlas a todas las personas. Si a mí me encanta la soledad cuando escribo en mi habitación, otra persona puede odiarla cuando duerme cada noche en la calle, temblando de frío. Cuando Duque tiritaba, me encargué de que volviera a estar bien. Él no tiene nada para tapar a Luz en las noches frías, y ella tampoco tiene una varita mágica ni el poder humano para convertirlo en otra persona con más fortuna y menos soledad. Sin embargo, se tenían el uno al otro. Eso era riqueza, la palabra que descubrí y desde entonces, he abierto la puerta al cuarto de jugar.